

Teología de la Esperanza

Eladio Chávarri, O.P.
Valladolid. Diciembre del 2001

Presentación

...al comenzar el año 2002

San Agustín repetía con frecuencia que no hay vida de hombre que no tenga su esperanza -nótese el posesivo **su** y el comprensivo **vida**-. Ch. Pèguy decía lo mismo de otra manera: **Sin esperanza todo sería un cementerio**. Por eso, como si leyera la consecuencia más inmediata de lo anterior, P. Teilhard de Chardin estaba convencido de que **el mundo será de quien le pueda ofrecer desde esta tierra la más grande esperanza**. Nada extraño, por consiguiente, que M. Luther King viviera bajo esta consigna: **si ayudo a una sola persona a tener esperanza no habré vivido en vano** (cf. A. González, Frases de sabiduría, CCS, Madrid, 1999, pp. 124-126).

Uno de los seguidores de Jesús de Nazaret, Pedro, que le traicionó en la última noche y luego murió en la cruz cabeza abajo por su causa, aconsejaba a los varones y mujeres de las recién nacidas comunidades cristianas estar "siempre prontos para dar razón de la esperanza" a todo el que se la pidiera (1 Pe 3, 15).

Dada la importancia de la esperanza para el vivir bien, entiendo que sólo es lícito pedir la razón de la misma a los demás como contraste de la propia, y se esté dispuesto a su vez a dar cuenta de ella. Este sincero intercambio de esperanzas alimenta uno de los más hermosos y nobles desarrollos de la razón.

Pero, ¿cómo dar cuenta de una esperanza, cuando la misma vida se halla fundida con ella en un todo indiscernible? ¡Habría que contrastar larga y tendidamente la vida que vivimos! En este espacio de la Red, y al inicio del año 2002, lanzo al ruedo algunas sugerencias a modo de sondeos.

La razón no funciona, o si funciona lo hace vacíamente, al margen de las preguntas. Por eso, de acuerdo con el espacio que se me ha concedido, para dar razón de mi esperanza cristiana, me limitaré a cuatro entre los muchos que cabe plantear:

1. ¿Qué es lo que se espera? Esperanza y vida. Dos tipos de esperanza.

1.1. Esperanza y su incidencia en nuestro vivir.

Las esperanzas son muchas. Y hablando en general, las distintas clases de esperanza se parecen en el rasgo de aguardar la venida a nosotros de algo que incide poco, bastante, mucho o decididamente en la vida que llevamos. Incide poco, la espera -en circunstancias normales- de la venida del salario convenido a finales de mes; bastante, la ansiosa espera de un niño que ha de acceder a un nuevo centro de estudios; mucho, la espera del primer hijo; decididamente, la espera de un nuevo estilo de vida con el consiguiente abandono del anterior.

El poco, bastante, mucho o decididamente es correlativo a la incidencia que tiene lo que esperamos en la vida que llevamos. Llamaré, pues, **horizonte de una esperanza** a la unión de lo que se espera con la poca, bastante, mucha o decidida incidencia en la vida que llevamos.

Al hablar de la esperanza, se hace ordinariamente hincapié en lo que se espera, y se deja como en la sombra, dándola por supuesta o pasándola por alto, su incidencia en nuestro vivir. En realidad, si moramos un poco en la entraña de una esperanza, lo que aguardamos es el nuevo horizonte que no hemos experimentado aún; es decir, nos aguardamos a nosotros mismos tejiendo una manera de vivir poco, bastante, mucho o decididamente distinta de la que actualmente llevamos. Quiero subrayar, asimismo, que el horizonte de una esperanza nos posee y nos acompaña poco, bastante, mucho o decididamente a lo largo del camino de nuestra espera.

1.2. Esperanzas sectoriales y esperanzas comprensivas

Entre la multitud de esperanzas que germinan secreta o abiertamente en el espacio interior de mujeres y varones hay que distinguir las sectoriales de las comprensivas.

- El horizonte de una esperanza sectorial consiste en algo específico y particular que incide directamente sobre un aspecto de nuestra vida, por ejemplo, si se aguarda la llegada de un juguete, un coche, un título profesional, o tener éxito como deportista, artista, arquitecto, labrador o pintor.
- En cambio, quien se halla poseído y acompañado del horizonte de una esperanza comprensiva aguarda la venida de un estilo de ser hombre, de una calidad de vida humana distinta a la que actualmente vive. No entraré ahora en los matices de esa distinción. Pero sí debo acentuar que el horizonte comprensivo contiene en sí todos los sectoriales, persiguiendo únicamente en ellos la calidad de humanidad que destilan, pues uno puede esperar con espera sectorial el cambio de la legislación de una ciudad o un estado para vender más fácilmente sus productos, mientras otro espera con espera comprensiva que tal cambio no haga más pobres a los que ya lo son.

La envergadura de la esperanza de un hombre comprometido con Jesús de Nazaret es de tipo comprensivo. Ese hombre espera, sin duda, una humanidad nueva, que incluye en su horizonte el discernimiento de todos los horizontes de las esperanzas sectoriales.

Pero, ¿cuál es el punto de referencia, cuáles los criterios que se adoptan para ponderar la calidad de humanidad que se espera en esta esperanza comprensiva? El único valor propio del cristianismo -valor de valores- es el mismo Cristo. La calidad de humanidad que hemos de esperar los cristianos es la que Cristo esperó para todos los varones y mujeres y para él mismo. A la oferta y proclamación de este hombre nuevo se le llama en la Biblia Evangelio del Reino (Mt 4, 23), Evangelio de Dios y Reino de Dios (Mc 1, 14-15), Reino de los cielos (Mt 13, 24 ss.), y se anuncia para todos como si se tratara de una auténtica creación.

Puesto que Dios por su creación se halla presente en todas las cosas, y nada hay superior a Él, su reinado en el hombre y en los demás seres apunta a la máxima manifestación del mismo ser humano. En este sentido nuestra esperanza sale al encuentro de un horizonte de humanización absoluta, puesto que se mantiene por sí mismo y no necesita remitirse a ningún otro ulterior a él. Pues nada hay superior a Dios y a su presencia suma en el hombre y en las demás cosas.

Esas ideas se desarrollan en la Reflexión Segunda.

2. ¿Qué es lo que se espera? El Reino de Dios y tres dimensiones de esperanza

El reino de Dios, después del acontecimiento pascual -como se expresan los teólogos- brilla como un inmenso horizonte de esperanza que abarca tres dimensiones.

2.1. Primera dimensión: Horizontes biográficos de esperanza.

Esta primera dimensión se refiere a los horizontes de esperanza que han de impregnar las biografías de los hombres que caminan por las formas de vida humana que van manifestándose en la Historia.

Hablo de "biografía", porque es típico del estilo evangélico fijarse de inmediato en las concretas condiciones individuales que determinan la vida de las personas que conviven con nosotros, para saltar desde esa roca firme a discernir la humanidad misma que destila una entera forma de vida, y a trabajar firmemente por engendrar otra más interesante, ya que en ambas direcciones fluye abundante la deshumanización, el deterioro humano, el pecado -en lenguaje bíblico-, es decir, el oscurecimiento o la simple anulación de Dios y del hombre.

Digamos, pues, que el reino de Dios en la Historia se halla siempre atravesado por la espada de la tensión entre **el hombre que ya ha aparecido y el que se espera que ha**

de llegar. Y la esperanza se mueve entre la negación de más o menos humanidad en la vida que se vive y la superación de la misma en el horizonte de vida que se espera vivir.

Así es como se muestra la esperanza hecha carne en la misma biografía de Jesús.

Jesús hace suyo plenamente el anuncio de Is 61, 1: "El espíritu del Señor está sobre mí, pues Yhavé me ha ungido, me ha enviado a predicar la buena nueva a los abatidos y sanar a los de corazón quebrantado..." (cf. Lc 4, 18).

A cuantos dudan de la presencia de Dios en su vida a título de Mesías, como Juan y sus discípulos, les anima a que refieran sencillamente lo que han visto y oído: "Los ciegos ven, los cojos andan... y los pobres son evangelizados" (Mt 11, 4-6).

Tampoco tiene inconveniente alguno en identificar esta dimensión de la espera del reino de Dios con la felicidad de los hombres, por ejemplo, en las Bienaventuranzas (Mt 5, 1-12).

2.2. Segunda dimensión: Espera del Reino de Dios.

Desde el citado plano -connatural a nosotros- de la Biografía de cada uno y de la Historia, el mismo acontecimiento pascual nos revela la segunda dimensión de la esperanza que espera el reino de Dios.

Me refiero a la dimensión -operada en Jesús- *de crucifixión y resurrección*; una tensión muchísimo más fuerte aún que las que experimentamos en la primera dimensión, cobrando el estricto cariz de *tensión contradictoria*, pues el mismo {Hijo} nacido del Padre antes de todos los siglos, el mismo que se hace hombre en el seno de María y de una forma de vida histórica, ese mismo muere en la Cruz en la más deshumanizada de las muertes.

Lo notable de esta muerte es que muere Dios muriendo el hombre.

Dios y hombre se hermanan en la misma muerte, en la misma densa destrucción de vida. (La muerte de Dios no es un invento de Nietzsche).

Pero de esa suprema destrucción de humanidad anonadada, reducida a nada, suprema anulación de la vida, se engendra el resucitado; se crea la humanidad consumada, salvada y liberada definitivamente de la deshumanización del pecado.

Y esa "re-creación" la hace el mismo que murió en la Cruz.

El reino de Dios llega por primera vez a un hombre en plenitud, y llega como primicia, como primogénito de todos los hombres de todos los tiempos; como horizonte de esperanza que nos posee, nos acompaña y nos sale al paso (cf. 1 Cor. 15).

2.3. Tercera dimensión: Horizonte último y nueva creación.

La resurrección avala sin duda, frente a los dirigentes judíos, que Jesús había desplegado su humanidad en su propia biografía histórica con el más completo

beneplácito de Dios. Esa humanidad no era obra del Diablo, del Príncipe de los demonios, como decían ellos al pueblo; el reino de Dios bullía en sus entrañas.

Pero no fue esto lo que despertó el máximo entusiasmo en los seguidores de Jesús, sino su exaltación como Señor de toda la creación (cf. Flp 5-11; Col 1, 13-20). Entramos así, otra vez desde el mismo acontecimiento pascual, en la tercera dimensión de los que esperan el reino de Dios. También en esta dimensión el estado actual de las cosas se halla en tensión abierta con el estado final que se espera.

San Pablo dice al respecto que las criaturas, sometidas a la vanidad, viven "con la esperanza de que también ellas serán liberadas de la servidumbre de la corrupción para participar de la gloria de los hijos de Dios" (Rom 8, 20-21).

La consumación de la humanidad del hombre arrastra consigo la consumación de todo el ser creado; Dios se hace presente en todo "re-creándolo". En la Biblia, para expresar de algún modo esta venida del Señor al hombre y a todo el ser, tuvo que inventarse el grandioso estilo de decir *apocalíptico* (cf. una muestra en Ap 21).

Síntesis de ideas de las dos reflexiones.

Resumamos lo dicho como respuesta a la primera pregunta: *¿Que se espera?*

Quien espera con esperanza cristiana está necesariamente abierto a las tres dimensiones del horizonte de esperanza que ofrece el reino de Dios, tal como se manifiesta en el acontecimiento pascual.

La primera abarca todas las esperanzas sectoriales de cualquier forma de vida, y a todas ellas ha de llegar el reino histórico de Dios, al estilo como llegó a Jesús en su intento de desarrollar para sus contemporáneos una humanidad mucho más interesante que la que le habían legado sus antepasados.

La segunda dimensión recorre con plena confianza la senda que conduce desde la destrucción personal de la humanidad -con la muerte de cada uno- hasta su "re-creación" en la resurrección.

La tercera abre el horizonte absolutamente último de la exaltación del Señorío de Jesús y de la nueva creación de todos los seres.

Es curioso observar que, en este horizonte de esperanza del reino de Dios, se van revelando progresivamente el hombre y el mismo Dios, de modo que no hay manifestación de uno sin la del otro.

La progresiva destrucción de la inhumanidad en la Biografía de cada uno y en la Historia de todos; la aniquilación de la muerte por la resurrección, y la superación de la falta de armonía entitativa del hombre con el Cosmos y la creación entera por medio de la exaltación; en suma, la progresiva aparición de nueva humanidad, va acompañada de la correspondiente revelación de nueva divinidad.

Esta revelación se da en grado sumo en Jesús, como primicia y garantía de todos.

El Hijo de Dios se revela en el desarrollo biográfico histórico de su humanidad, en la resurrección de la misma tras la desolación nihilista de la muerte, y en su absoluta exaltación. Creo que la profundidad de la Encarnación consiste en que la revelación de Dios y del hombre en ella son ya inseparables. Así lo decía San Clemente Romano en su famosa Carta a los Corintios, a finales del s. I o principios del II .

3. ¿Cómo se espera? Rasgos vitales que brotan de la primera dimensión de la esperanza

3.1. Tonos vitales humanos

Lo mismo que la cera, la arcilla o las ondas, también la vida humana es capaz de adoptar las más variadas modulaciones, a las que podríamos llamar tonos vitales. El tono vital del vivir humano puede ser entretenido, apático, alegre, lleno de vigor romántico o de espíritu positivista, cargado de amor o de odio, activo y optimista, sin autoestima, envidioso y perezoso, triste, rebotante de salud, enfermizo y quejumbroso, indiferente, consumido por los celos, etc. No habría inconveniente en identificar otros muchos y combinarlos entre sí para multiplicar sin apenas dificultad un sinfín de tonos vitales.

¿De qué manera he llegado al mío? En él se hallan presentes seguramente la química del organismo, el sentido dado o no dado a la vida, la educación recibida o ausente, los éxitos y fracasos, los modos de encajar el placer y el dolor, las inclinaciones pasionales afirmadas, la posesión o carencia de hábitos adquiridos, las emociones y sentimientos consolidados, el poder de decisión libre, y haces de circunstancias que escapan al control y al mismo análisis. Pero quizás nada influya más en el tono vital que el horizonte de esperanza que espera cada uno o lo ha declarado imposible.

Al gran matemático y filósofo inglés A. N. Whitehead le gustaba una escala de tres peldaños de tonos vitales. Ante todo, hay que conseguir vivir; desde ahí cabe suspirar por el modo de vivir bien; y tal vez, en último término, podamos saltar a vivir mejor. Hablaba evidentemente de calidad de vida humana; no del tono que otorgan a la existencia los listillos, oportunistas y trepadores. Ya se comprende que al inmenso horizonte de la esperanza del reino de Dios le sobra potencialidad para llegar a las biografías con los más diversos tonos vitales. Hay que tener sumo cuidado de no confeccionar uniformes que borren, dificulten o impidan la riqueza de las diferencias individuales y colectivas.

Me propongo simplemente indicar en esta reflexión y en la siguiente ciertos **rasgos de tonos vitales que parecen brotar de cada una de las tres dimensiones ya comentadas del Reino de Dios**. Invito a no verlos separados unos de otros, sino más bien nutriéndose, fortaleciéndose o debilitándose mutuamente. Aquí se desarrolla el primero

3.2. Rasgos vitales que brotan de la primera dimensión.

Según hemos dicho en las páginas anteriores, en la **primera dimensión** la esperanza mantiene una fuerte tensión entre la **calidad de la forma de vida que nos envuelve** y nos penetra, pero no nos satisface, y otra **calidad de vida humana más rica y atrayente**, que individual o colectivamente creemos poder alcanzar.

Los tonos vitales de la propia existencia pueden surgir y alimentarse, ante todo, de cara al tipo de hombre que estamos viviendo.

Nuestra sensibilidad se ve afectada al respecto por **dos tonalidades encontradas**.

3.2.1. Primera tonalidad.

La primera tonalidad nos hace vivir la vida en constante vigilancia por el auténtico goce de los demás al disfrutar de la humanidad ya conquistada. Podría cobrar perfectamente la forma de sincero reconocimiento por los éxitos de la especie desde el lejano pasado, que se han conservado en nuestro estilo de vida, y a los que se han incorporado otros muchos aumentando así el caudal de humanidad a legar a nuestros herederos. En la Biblia este reconocimiento se traduce en un permanente himno de acción de gracias, como aparece con frecuencia en la literatura sapiencial, particularmente en muchos salmos, que ensalzan con primor esta vertiente de la vida. En este sentido, el reino de Dios forja más y más el caminar del hombre por la Historia.

3.2.2. Segunda tonalidad.

La segunda, en cambio, cae del lado de la pura compasión, abiertos y prontos a sentir en nosotros mismos el dolor de los demás. Compasión que se alimenta con espanto de las tremendas patologías que sufre esta forma de vida, y que hay que cargar sin paliativos sobre nuestra irresponsable libertad culpable. Contemplado así, desde la perspectiva de esas dos tonalidades vitales, el reino de Dios en nuestro estilo de ser hombre nos obliga a caminar por la existencia bajo el hiriente impacto de la interna contradicción, del interno desgarramiento de afirmar y negar a la vez nuestra propia humanidad. No se trata del tono vital de la simple incomodidad; va mucho más allá.

No cabe poner en duda el valor y la nobleza de los tonos vitales inscritos en el reconocimiento, el agradecimiento y la tierna compasión. Lo más vil e infructuoso es permanecer en la indiferencia; en ese tono vital que ya no distingue, no ve la diferencia, entre la humanidad e inhumanidad que empapan nuestra vida. De todos modos, es preciso contemplar la otra cara de esta primera dimensión del reino de Dios, es decir, el acceso hacia otro tipo de humanidad más atrayente, sea a nivel individual o colectivo. Pero al mirar de frente a este rostro del horizonte de esperanza, quizás abrumados por la inhumanidad que padecen en sí mismos o que observan en nuestro estilo de ser hombres, muchos se entregan al tono vital de la derrota, engrosan las filas de los desesperanzados, por no hablar de los desesperados. Recuérdese lo que nos decía Ch. Péguy al principio de esta reflexión: **sin esperanza todo sería un cementerio**.

Afortunadamente no lo es. Muchos otros viven esta dimensión de la esperanza del reino de Dios bajo el soplo y el tono vital del espíritu de superación. Cuenta el relato de la creación que "la tierra estaba confusa y vacía, que las tinieblas cubrían la faz del abismo, pero que el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas (Gén 1, 2). Pues el espíritu de trascendencia, principio en nuestra especie -desde los más remotos

tiempos- de todos los saltos cualitativos hacia más nobles humanidades, se cierne sin cesar sobre el inmenso mar de la Historia.

En cada forma de vida actúa callada o abiertamente a través de la más sana y eficaz espiritualidad de la rebeldía. Por una parte, se revuelve contra toda la inhumanidad que engendra y cultiva el hombre que vivimos. Por otra, no nos deja morar por mucho tiempo en los límites establecidos por los sistemas sociales para muchos valores, que solamente permiten mediocres desarrollos de los mismos. El tono vital de la espiritualidad de la rebeldía rompe esos límites, sin saber muchas veces las nuevas condiciones sociales que han de permitir cultivos más apropiados de dichos valores. Piénsese, por ejemplo, en la lúcida visión rebelde de Pablo al romper los límites impuestos por la Ley judía para poder explicar el reino de Jesús como lo exigía su propia índole.

Al tono vital propio del familiar espíritu de superación, de trascendencia o de rebeldía, que anima el horizonte de esperanza del reino de Dios, se le concibe en la Biblia como espíritu de conversión. A él apelan los profetas en primera instancia, cuando sus conciudadanos se hallan individual o colectivamente empantanados en humanidades mediocres o palpablemente inhumanas.

Jesús resalta en este tono vital la pasión por el hombre nuevo, que anunciaba con el obligado abandono del viejo, comparándolo con un tesoro escondido, con una perla fina de gran valor (Mt 13, 44-46), con vestidos nuevos y cueros nuevos (Lc 5, 36-38), con el traje de boda (Mt 22, 11-12), a la vez que exigía un nacimiento nuevo para llegar a él (Jn 3, 3 ss) y una ley nueva para desarrollarlo (Mt 5-7). Le molestaba profundamente que la gente que pasaba por importante, inteligente y sabia no entendía una palabra de este tono vital, mientras los que eran tildados de insignificantes e ignorantes lo comprendían sin dificultad (Lc 10, 21-23).

Pero el camino que va del hombre viejo al nuevo se ha de recorrer con el tono vital que caracteriza a la mujer y al varón activos. En vez de los tonos vitales de la indiferencia y de la espera pasiva, se impone el de la profunda implicación en alumbrar nuevas humanidades a nivel individual y colectivo. Esperar la venida del reino de Dios, por lo que respecta a esta primera dimensión, y permanecer al margen de la lucha histórica por negar inhumanidades y afirmar nuevas humanidades es un completo cuadrado redondo.

Pocos textos más expresivos a este propósito que el siguiente: «¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a uno decir: "yo tengo fe", si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? Si el hermano o la hermana están desnudos y carecen de alimento cotidiano, y alguno de vosotros le dijere: "id en paz, que podáis calentaros y hartaros", pero no les diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría?» (Sant 2, 14-17).

"Ante todo mantened tenso el amor de unos para con otros, porque el amor cubre la muchedumbre de los pecados" (1 Pe 4, 8), es decir, de las deshumanizaciones.

Basten esas pinceladas sobre el tono vital que suscita el horizonte del reino de Dios por lo que toca a su primera dimensión. En la reflexión cuarta continuará la exposición.

4. ¿Cómo se espera? Rasgos vitales que brotan de la segunda y tercera dimensión de la esperanza

4.1. Rasgos que brotan de la segunda dimensión.

Continuando el discurso iniciado en la reflexión precedente, ¿cabe decir algo sobre el tono de la segunda dimensión, donde se enfrentan en la más completa oposición **la crucifixión y la resurrección**?

4.1.1. Moremos un momento en el tono vital del mismo Jesús.

En ciertos acontecimientos de su vida cotidiana se manifiesta una asimilación "connatural" de la muerte. Así, por ejemplo, cuando la trata como pura dormición, sin asomo de acento trágico: "Lázaro nuestro amigo está dormido, pero yo voy a despertarlo" (Jn 11, 11) ; "la niña no ha muerto, duerme" (Mc 5, 39). O también como simple condición necesaria para fructificar, pues "en verdad, en verdad, os digo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, quedará solo; pero si muere llevará mucho fruto" (Jn 12, 24).

Y transparenta una fe grande y sencilla en la resurrección: "¿No habéis leído lo que Dios ha dicho: Yo soy el Dios de Abraham, el dios de Isaac, el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos sino de vivos" (Mt 22, 31-32).

Jesús contemplaba su muerte plenamente integrada en la pasión y la resurrección (Lc 18 31-34).

Pero, en el mismo proceso de morir en la cruz, quizás no esperaba Jesús que la muerte iba a penetrar hasta lo más profundo de su identidad, quebrando como el mismo pecado la entrañable e íntima experiencia con su Padre, de la que había vivido íntegramente toda su vida, según constata el evangelio de Juan. No hay potencia destructora más grande que la que nos aleja de la fuente del bien absoluto, pues nos hace sentir una especie de vacío sin límites, de negación sin fronteras, la nada sin paliativos.

A pesar de todo, del "**¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?**" (Mc 15, 34) , Jesús pasa contra toda esperanza al "**¡Padre!, en tus manos entrego mi espíritu**" (Lc 23, 46); o al espléndido "**Todo está consumado**" (Jn 19, 30).

4.1.2. Miremos también hacia nosotros.

Tampoco la muerte tiene para nosotros el carácter de simple suceso, ni siquiera de espeso acontecimiento, sino de ruda cancelación de la identidad entera que poco a poco hemos conquistado en nuestra biografía histórica, dejando en suspenso, después del naufragio, todo el fundamento de nuestro propio ser. Si contemplamos la cancelación por parte de la identidad histórica adquirida, desde esta orilla del río que nos separa de la otra, la muerte nos sorprende a todos con una humanidad apenas iniciada. Sobre todo a los que son liquidados en el seno de sus propias madres, o a los que mueren después de nacer víctimas de otras nefastas violencias.

La condición entitativa del hombre es a todas luces extraña. La biología detecta en él una índole de ser inacabado, sin terminar, abierto a las formas de vida más variadas, sublimes y extravagantes. La biografía de las personas, con sus millones y millones de humanidades diversas, llega a la muerte, como acabo de decir, con todo a medio hacer o ni siquiera iniciado. La historia es testigo del mismo fenómeno, a pesar de su fecundidad en echar a andar estilos de ser hombre de distintos calados.

Y no parece que esta situación vaya a cambiar antes de que el sol se convierta en una enana blanca, en una compacta bola de neutrones o en un agujero negro. Esta situación invita, mirado el asunto desde esta orilla, a recorrer la vida con el tono vital de puros iniciadores de humanidad e inhumanidad, y, por esa misma razón, a contemplar la muerte como justa cancelación de este tipo de identidades.

Desde la otra orilla, la esperanza en el reino de Dios nos ofrece la llegada de la resurrección, de la humanidad consumada, como puro don del mismo Dios: "Yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6, 40). Carecemos totalmente de potencialidad para actuar sobre la otra ribera; lo nuestro es la Biografía y la Historia. Ante un regalo solo nos queda lanzar la más completa indiferencia sobre él, aceptarlo o rechazarlo. Pero, como mujeres y varones maduros, debemos tomar en serio a Dios y a nuestra libertad. Tenemos que elegir, aceptando serenamente todas sus consecuencias, entre el caminar por la vida con el tono vital de la indiferencia, el rechazo o la aceptación.

Si decides que no hay Dios entonces no vayas por la vida como si lo hubiera; y si decides que lo hay no vivas como si no lo hubiera. Decide y no pongas tu confianza en los ídolos, cualesquiera sean, pues carecen de la potencia de salvar. Reina al respecto mucho infantilismo inmaduro, y quizás poco miramiento por la postura que adopta cada uno. En cualquier caso, al tono vital de la aceptación cristiana le corresponde la expectativa radical inmediata ante el hombre resucitado. Pues desconocemos la clave para calibrar su humanidad; es obra pura de Dios. Nos queda únicamente la confiada y decisiva plegaria del mismo Jesús: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu" ; o esta otra: "Padre, apenas ha despuntado en mí la aurora de mi humanidad; llévala Tú al esplendor del término"

4.2. Rasgos que brotan de la tercera dimensión.

Para acabar con esta sección, reflexionemos algo sobre el tono vital que corresponde a la tercera dimensión de los que esperan el reino de Dios, es decir, a la exaltación de Jesús resucitado como Señor de toda la creación.

Hay una constante tensión ontológica entre el estado actual de los seres que necesariamente han de alimentar nuestra actual humanidad, y la carga de ser que deberían tener para nutrir humanidades más ricas. Muchos pensadores hablan de la naturaleza de este planeta que habitamos como extraña a nuestra propia altura entitativa. Los ecologistas claman por una armonía entre ella y nosotros que nadie acaba de identificar. Ni siquiera estamos de acuerdo con el grandioso mundo cósmico que nos rodea.

Recuérdese la famosa anécdota de B. Gracián, a propósito del rey Alfonso X el Sabio: «Y si aquel otro rey, aplaudido de sabio porque conocía cuatro estrellas (tanto se estima

en los príncipes el saber), se arrojó a decir que, si él hubiera asistido al lado del divino Hacedor en la fábrica del universo, muchas cosas se hubieran dispuesto de otro modo y otras mejorado, no fue tanto efecto de su saber cuanto defecto de su nación; que en este achaque del presumir aún con el mismo Dios no se modera» (Obras completas, Aguilar, Madrid 1967, p. 540).

A pesar de la reprimenda, juzgado el asunto desde la espera del reino de Dios, Alfonso X el Sabio tenía razón. Hay que liquidar esa tensión ontológica del ser humano con las demás cosas, que el mismo Pablo la sentía con todo su vigor. La actual creación no se encuentra a la altura entitativa del hombre nuevo. La humanidad resucitada exige una nueva creación, que nadie duda hallarse en el dominio del solo Hacedor. A nosotros nos compete simplemente cultivar el tono vital de la radical expectativa última, la firme espera en la disolución de todos los desajustes y extrañamientos del hombre respecto de su yo, de la misma comunidad humana, de la naturaleza y de la entera creación. Sin embargo, este grandioso y tenso arco del ánimo humano y esta infinita eficiencia divina, o lo que es lo mismo, la magnanimidad y magnificencia llevadas al colmo, se compaginan con la más humilde de las actuaciones. Porque el Juez Supremo expresa su juicio como un «venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; peregriné, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; preso, y vinisteis a verme» (MT 25, 34-37).

5. ¿Qué tipo y calidad de inteligencia emerge?

5.1. Acertada inteligencia y evolución de la experiencia

Hay que prestar, sin duda, suma atención en mantener íntegros la envergadura y el esplendor del horizonte de esperanza del reino de Dios, sin olvidar ninguna de sus tres gigantescas dimensiones.

Debemos estar atentos, asimismo, a la pléyade de tonos vitales que surgen connaturalmente a la espera de su llegada.

Pero el desarrollo de toda esta rica experiencia humana no resultará adecuada sin el cultivo de una apropiada inteligencia o razón específica.

La falta de acertada inteligencia derivará inmediatamente en desacertada evolución de la experiencia. Tal vez se insista en una dimensión en detrimento u olvido de las otras dos; o solo se vivan algunos aspectos de cada dimensión, permaneciendo ciegos a todos los demás. Privados de luces apropiadas, no seremos capaces de discernir y mantener los tonos vitales afines al horizonte de esperanza que nos acompaña. Es preciso desconfiar totalmente de ciertas oposiciones establecidas por puro tópico, como la de fe y razón, pues la experiencia de fe sin una gigantesca y específica razón es un solemne cuadrado redondo, del mismo modo que lo es la experiencia matemática sin razón matemática.

Tengamos siempre presentes estas palabras de la 2 Pe 3, 1: "He procurado excitar con mis avisos vuestra sana inteligencia". Pues bien, el crecimiento individual y colectivo de

la primera dimensión del horizonte de esperanza en el reino de Dios entraña un crecimiento individual y colectivo de sana inteligencia.

Lanzo al ruedo un puñado de sugerencias, siendo consciente de que el tema exige bastante más espacio. Ya hemos dicho que la esperanza, en esta dimensión, pide abandonar a nivel individual o colectivo un tipo de hombre que no nos satisface.

¿Qué es lo que no nos gusta? ¿Qué es lo que nos duele? El sufrimiento arraigado; el fastidio que se reproduce sin cesar en el código cultural del hombre que estamos viviendo. No nos duelen propiamente los oídos, los huesos o el hígado, sino la inhumanidad del hombre engendrado en nuestra forma de vida. ¿Cuál es la raíz de este sufrimiento? ¿En qué tipos de patologías se manifiesta? ¿A cuántos hombres alcanza? La espera conlleva mucha e inteligente interrogación.

Ciertamente, para contestar a esas preguntas, hay que entrar en el análisis racional de los constituyentes que integran las comunidades humanas, y realizar en ellas estudios económicos, sociológicos, políticos, jurídicos, históricos, cívicos, familiares, etc. Pero urge cultivar mucho más la ciencia de lo humano e inhumano. Pues la inhumanidad duele palpablemente en el cáncer, en el hambre de los hambrientos, en la mala distribución de la riqueza y la técnica o en las víctimas de la violencia, pero duele análogamente, aunque no tan manifiestamente, en las malas relaciones familiares, en la corrupción política o religiosa, en las chapuzas del trabajador o en la mediocre enseñanza de las instituciones docentes.

No podemos esperar con acertada inteligencia sin desarrollar bastante a fondo el discernimiento valorativo de lo humano e inhumano, que exige a su vez entrar en las esferas de valores más específicos como son los biopsíquicos, cognitivos o epistémicos, económicos, estéticos, éticos, religiosos y sociopolíticos. No únicamente los éticos, pues no sólo de ética vive el hombre. Es curioso observar que la Edad Media se empeñó en vertebrar la vida con los religiosos, la Ilustración con los sociopolíticos, y desde los inicios del siglo pasado hasta Dios sabe cuándo, nuestra entera lealtad se vierte sobre los biopsíquicos y económicos. Pero, incorregibles, parece que en adelante se quiere arreglar el desequilibrio con la sola ética.

5.2. Busquemos con inteligencia referente humano más atractivo

Valorar acertadamente la forma de vida que se vive a nivel individual y colectivo, algo consustancial a esta vertiente de la esperanza del reino de Dios, no es asunto fácil. En esta dimensión, la espera tiene que tener un referente humano más atractivo que el actual. Pues bien, en Europa, durante los tres últimos siglos, a golpe de audaz imaginación e ingeniosa razón, las mejores cabezas se empeñaron en diseñar hombres acabados y perfectos. Ese era el referente humano que se debía conquistar, y culminar así la Historia entera. Bajo los rayos luminosos de este faro, en nombre del famoso todavía no ha llegado el hombre cabal, denigraron y desacreditaron hasta el extremo el pasado y el presente de la sustancia humana aparecida, e intentaron eliminarla.

Ya sabemos cómo empezó, discurrió y terminó la aventura. Nosotros no podemos enfocar la venida de una nueva humanidad, como si se tratara de un objetivo técnico

bien perfilado, de modo que lleguemos a construirlo casi técnicamente. Es mucho más inteligente considerar los puntos de referencia de la esperanza como horizontes de nueva humanidad, que parten del estado actual, se van formando y perfilando a medida que nos acercamos, y que una vez alcanzados aparecen por detrás otros mucho más interesantes, y después otros... La Historia no nos brinda metas; solamente horizontes iniciadores de nueva humanidad.

5.3. Discernir con inteligencia la asimilación actual de la muerte

Si la espera del reino de Dios en la Historia urge el despliegue de una inteligencia comprensiva que abarca todo nuestro vivir humano actual con su actual horizonte de hombre nuevo -la tan ajetreada globalización es uno entre otros aspectos-, en la segunda dimensión del mismo reino se detectan otros rasgos racionales. Pues el denso contenido de la humanidad crucificada, la inefable envergadura del hombre resucitado, y la relación entre ambos, no se perciben a golpe de puro sentimiento

La razón tiene que empeñarse a fondo en discernir el estado actual de la asimilación de la muerte en este hombre actual que vivimos. Pero esto conlleva analizar con gran detenimiento la densa cultura de muerte prematura de inocentes y culpables que genera nuestro estilo de ser hombre en todas sus modalidades de violencia. Entraña, asimismo, ponderar los procesos propios del morir: la integración de la muerte en la vida, el estar enfermo, el especial acompañamiento que requiere, la disposición libre o no de estos procesos, la adecuada despedida del muerto, el trato de los restos del naufragio, etc. El filósofo G.-H. Gadamer dice que la aparición del enterramiento es uno de los signos más patentes y entrañables de la carrera evolutiva de la humanización.

Pero la razón tiene que contribuir a encajar particularmente el estar muerto. Las culturas han inventado cientos y cientos de asimilaciones de ese estado. Muchas de ellas no han dejado ni rastro de su existencia. La espera anima a calibrar las asimilaciones inmersas en nuestro estilo de ser hombre. Este discernimiento ayudará a vivir mejor la que corresponde a la venida del reino de Dios en esta segunda dimensión.

Creo que existe mucha confusión al respecto en los que esperan con esperanza cristiana. Fácilmente tienden a asimilar el estar muerto propio de Jesús a base de modalidades extrañas a él; en la Cruz muere Dios y el hombre. La razón ha de contribuir también al entendimiento de la relación de Crucificado a Resucitado. A los testigos postpascuales les enardecía la impresionante y desbordante realidad de que Jesús vivía. Dos enérgicas negaciones se hallan envueltas en esa realidad. La muerte negó y canceló en Jesús, como cancela en nosotros mismos, cualquier tipo de vida histórica. La resurrección negó a su vez la misma muerte, situando a Jesús en una existencia metahistórica. San Pablo proclama la negación de la negación como victoria sobre la misma muerte (1 Cor 15, 55).

¿Y qué hace la razón ante el Resucitado? Generalmente no puede permanecer pasiva. No sólo se pone a articular el modo de la resurrección, como lo intentó Pablo obligado por la presión de la iglesia de Corinto (1 Cor 15, 35 ss.), sino que no calla ante la misma figura del Resucitado, como ha sido bastante corriente entre teólogos y escritores. ¡Han articulado hasta en sus detalles mínimos el otro tipo de existencia! Pero sin fundamento

alguno, porque ignoran totalmente la clave de esa vida. Muchos de sus contemporáneos no creyeron en ellas, y se desvanecieron ante la llegada de una nueva cultura, un nuevo tipo de ser hombre. Uno de los aspectos en que se muestra a tope la inteligencia es en ver sus propios límites. Es muy racional permanecer callado cuando no se puede decir nada, en expectativa radical inmediata, resistiendo la tentación de hablar a tontas y a locas.

5.4. Horizontes de una inteligencia sapiencial

Un par de trazos sobre la inteligencia en la tercera dimensión de la esperanza. En todo el orden de la razón, se pondera sobre todo la inteligencia sapiencial, que une indisolublemente un gran horizonte de conocimiento con un dominio especial del mismo. Con sabiduría -de sapio-is-ere = tener sabor, saborear-, me refiero aquí al sabor que nos brinda la vida por el hecho de desarrollar un tipo de humanidad. Se aspira naturalmente a los sabores más exquisitos, pero los hay de todos los tonos y grados.

En la tercera dimensión de la esperanza, aguardamos orientados por una inteligencia sapiencial la llegada de la humanidad consumada, la definitiva apertura de la intimidad de Dios y el esplendor de la nueva creación del ser creado. A esta atalaya universal comprehensiva -el máximo universal concebible- se llega precisamente por la singularidad del despliegue íntegro de Jesús desde su concepción hasta su exaltación.

En ese singular proceso, la verdad del hombre se revela al mismo tiempo que la verdad de Dios y la del ser creado entero. En la Historia nunca hay adecuación entre el hombre y el hombre que ha aparecido. El hombre y el Hijo de Dios se manifiestan y se ocultan. En el Resucitado se revelan a la vez el hombre consumado y la profunda intimidad de Dios; en el Exaltado se une la manifestación de todo el ser creado. La inteligencia sapiencial, bajo tal perspectiva, puede sacar a flote los descarríos, extrañamientos y alienaciones que se producen en el yo respecto del hombre, de la naturaleza, del cosmos, de los seres creados y del mismo Dios.

Pero esta progresiva manifestación de la verdad de Dios, del hombre y del ser creado nos lleva a ver las cosas de otra manera. Muchísimo más que los atributos asociados al motor inmóvil, la causa incausada, el necesario no contingente, la idea absoluta, el fin que no puede tornarse en medio, y semejantes, la inteligencia sapiencial de la esperanza estima en Dios la Paternidad, la Filiación, el Espíritu, la Promesa, su Encarnación e Historicidad, la Fidelidad, el Acompañamiento, la Venida, la Resurrección, la Exaltación, la Gratuidad, sobre todo el Amor de gratuidad.

Podemos prescindir perfectamente de los primeros atributos para cultivar la inteligencia sapiencial de la espera. La misma existencia de Dios se halla modalizada por los segundos. Toda la verdad de Dios, del hombre y del mundo se explaya en la forma de querer gratuito. La fruición entera del ser es una fruición de amor gratuito. Por eso decía Juan que "el que ama conoce a Dios, porque Dios es amor" (Jn 4,8).

6. ¿Qué lazos de sociabilidad engendra?

6.1. El amor, fundamento de los lazos de unión entre los hombres.

Los lazos que unen a varones y mujeres están provocados por numerosos motivos. Algunos de estos fundamentos se muestran lábiles, superficiales y poco duraderos, como suele ocurrir con la simpatía circunstancial que rueda entre los viajeros de trenes y autobuses. Otros, en cambio, nos unen por lo regular fuertemente, como la amistad o el sentimiento de pertenencia a un grupo familiar, religioso, tribu, pueblo o cultura.

Las tres dimensiones de la espera del reino de Dios, que, según hemos visto, son al mismo tiempo espera de la venida del hombre, son capaces de fortalecer y crear las más diversas asociaciones entre los hombres. Pues llegan a los innumerables lazos de relación humana a semejanza de fermento que los transforma: "Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta" (Mt 13, 33).

Fermenta los lazos familiares, laborales, lúdicos, festivos, comerciales, eclesiales, deportivos, científicos, políticos, etc. Dios y el hombre llegan a las relaciones haciéndolas mucho más humanas. De otro modo, si no se opera transformación, nada ha llegado del horizonte de nuestra esperanza.

¿Cuál es el auténtico fundamento, la fuente viva de los lazos entre los hombres que sólo mana vida a lo largo y ancho de las tres dimensiones de la espera? Es sin duda el amor que fluye en Jesús, que llega a todas las riberas de la Biografía, la Historia, la Naturaleza y el Cosmos, el Ser Creado y el mismo Dios. Dejó como testamento único que "os améis unos a otros como yo os he amado" (Jn 15, 12). Este amor es la más densa manifestación de Dios y del hombre. Es peligroso caracterizarlo, pues lo único que le cuadra sin paliativos es el "como yo os he amado" .

Por sus expresiones vitales en el mismo Jesús, y por su descripción a nivel de palabra en el Pregón del Monte (Mt 5-7), parece asemejarse a lo que llamamos amor de pura gratuidad. Es el amor típico de Dios y el único que engendra hijos de Dios (Lc 6, 27 ss.). La oración "Ven, Señor Jesús" es la más densa que jamás se haya pronunciado y pueda pronunciarse, se identifica con el ansia de la llegada de este amor a cuanto existe.

6.2. Relaciones de justicia y de gratuidad

La gratuidad elimina las relaciones de poder entre los hombres, no se atiene a la simple comunicación regulada, ni se halla jamás cómoda en los seguros cauces de la asociación legal. Reglas y leyes engendran con frecuencia fuertes inhumanidades.

Tampoco la justicia que promueve las relaciones por las consabidas pertenencias de lo mío, tuyo, suyo, nuestro y vuestro se acomoda a las dimensiones y maneras del amor gratuito.

Este tipo de justicia, que cabalga generalmente sobre el dócil potro de las constituciones y códigos de cada grupo, crea innumerables barreras entre los hombres. El amor que discurre por el hombre justiciero, como expresa muy bien la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32), acaba muchas veces en dramáticas separaciones y enemistades entre los hombres. El amor de gratuidad hace añicos todas las barreras que segregan a los hombres en amigos y enemigos, bárbaros y civilizados, buenos y malos, cultivados y salvajes, desarrollados y subdesarrollados, los de mi grupo y los demás, etc.. Es por naturaleza universal, porque mira sobre todo y ante todo al puro y simple rostro del hombre, como diría el filósofo Levinas. "¿Quién es mi madre y mis hermanos? Echó Jesús una mirada sobre los que estaban sentados en derredor suyo y dijo: he aquí a mi madre y a mis hermanos" (Mc 3, 33-34).

6.3. Estilo evangélico de sociabilidad.

Hay un estilo evangélico de sociabilidad característico de los que realmente esperan la llegada del reino de Dios a los hombres que caminan por la Historia. Sus relaciones sociales se mueven, ante todo, a nivel biográfico atentos a las circunstancias que resaltan la dignidad de las personas para favorecerlas, o prestos a erradicar las condiciones que empañan, debilitan o machacan su humanidad.

Desgraciadamente la batalla por la calidad de vida humana no se decide en el campo de la libre individualidad, sino que las raíces del deterioro o de la vulgaridad alcanzan al grupo más inmediato, como ocurre en no pocas comunidades de toda índole. Pero, a veces, la salud o la enfermedad del grupo tampoco dependen de sí mismo, de modo que es necesario remitirse a otro grupo, y quizás a un tercero y un cuarto, hasta alcanzar el mismo tipo de ser hombre que estamos desarrollando.

Quien practica el estilo evangélico de sociabilidad presionará sobre todos los frentes sin perder de vista las concretas biografías de las personas circunstanciadas; no comenzará sin más ni más a preocuparse y a atacar estructuras antes de observar sus efectos sobre las personas.

He de cortar aquí mi reflexión, porque he agotado ya el espacio acordado, muy consciente de que todo queda apenas iniciado, especialmente este último apartado. Pero debo confesar que me ha servido para ver con más claridad y amplitud el magnífico horizonte de la esperanza que aguarda la venida del reino de Dios.

Tres referencias bibliográficas:

- Moltmann, J., *El experimento esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1977.
- Häring, B., *Rebosad de esperanza*, Salamanca, Sígueme, 1973.
- Pieper, J., *Sobre la esperanza*, Madrid, Ed. Rialp, 1963.